



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

Psicología del tatuaje

Autora: Marta Muñiz Madruga

Directora: Gonzalo Aza Blanc

Madrid

Marzo 2019

Resumen

El objetivo del presente trabajo es conocer la evolución del tatuaje desde sus orígenes hasta la actualidad, los distintos significados que tienen estos diseños para las personas que los llevan, las razones que les motivaron a hacérselos y las reacciones y opiniones que despiertan entre la población. Asimismo, habrá una sección dedicada a analizar la relación existente entre el tatuaje y el mundo de la delincuencia. Tras realizar una revisión bibliográfica, los artículos encontrados han desvelado que los inicios del tatuaje se sitúan en la época del neolítico y que, después de esta, ha pasado por el resto de épocas de la historia y por distintas culturas adquiriendo, de ese modo, diferentes significados tales como los relacionados con la protección, la espiritualidad o la distinción de las clases más bajas. Asimismo, a la hora de analizar las interpretaciones que se le dan a estos diseños en la actualidad, hemos encontrado que entre los más comunes se encuentran la necesidad de individualización, la pertenencia a un grupo y la estética. Por otro lado, los estereotipos más predominantes están relacionados, principalmente, con el mundo laboral donde las personas adquieren cierta actitud de rechazo frente a los trabajadores que llevan tatuajes. Por último, hemos comprobado que los tatuajes también son muy comunes dentro de la población criminal y que también guardan muchos significados, entre los que se encuentran la muestra de rechazo a la autoridad, el recuerdo de personas significativas y la pertenencia a una banda.

Palabras clave: Tatuaje, historia, motivación, estigma, delincuencia.

Abstract

The aim of this study is to gain a better understanding of the evolution of tattoos from their origins to present day, the different meanings they represent, the motivation of these tattoos, and the reactions and opinions among general populations. There will also be a section that analyzes the relationship between tattoos and the world of crime. After carrying out a bibliographical review, the articles found have revealed that tattoos were originated in

the Neolithic period and has spread among cultures since then. Over time, they have acquired different meanings such as those related to protection, spirituality and the distinction between social classes. We have found that the most popular interpretations given to these designs are the need for individualization, belonging to a group, and aesthetics. The predominant stereotypes are mainly related to the labour market and a few studies have found that people acquire a certain attitude of rejection towards workers who wear tattoos. Lastly, we have found that tattoos are very common within criminal populations and they can have many meanings including the display of rejection for authority, the admiration of significant people, and the membership of a gang.

Keywords: Tattoo, history, motivation, stigma, delinquency.

Índice

1. Introducción.....	4
2. Evolución del tatuaje.....	5
3. El tatuaje en la actualidad, ¿por qué nos tatuamos?.....	11
4. Estigmas relacionados con el tatuaje.....	16
5. Tatuajes y delincuencia.....	20
6. Conclusiones.....	25
7. Referencias.....	30

1. Introducción

Actualmente, existen muchas formas de adornar o modificar nuestro cuerpo: operaciones, dilataciones, piercings, etc. Sin embargo, en el presente trabajo vamos a centrarnos en analizar una técnica en concreto que destaca por su antigüedad pero, al mismo tiempo, por su creciente auge durante las últimas décadas: el tatuaje.

Entendemos por tatuaje aquella imagen que se queda plasmada en el cuerpo de manera permanente al inyectarse una serie de tintes en la capa intermedia de la piel (Álvarez, 2000). No obstante, estas imágenes no son meros garabatos puestos al azar sino que, por lo general, tienen un significado concreto para la persona que los lleva.

En este contexto, el cuerpo se convierte en un medio de comunicación no verbal que permite expresar quiénes y cómo somos sin necesidad de utilizar las palabras (Ferreira, 2014). A través de él y el tatuaje, las personas representan sus valores, ideales o cualquier aspecto de la vida que sea significativo o especial para ellos. Es, por tanto, un instrumento que nos sirve para reafirmar nuestra identidad personal ante los demás y, sobretodo, ante nosotros mismos (Sastre, 2011).

El tatuaje es un arte cuya práctica se está volviendo cada vez más común en la población mundial. Debido a su creciente popularidad en los últimos años, muchos pueden pensar que se trata de algo nuevo que ha surgido recientemente; sin embargo, esa concepción es errónea. Varios registros sitúan sus inicios 5300 años atrás, en la época del neolítico (Ballén y Castillo, 2015). Con el paso del tiempo, su uso se fue extendiendo por distintos países y culturas adquiriendo, de ese modo, gran variedad de significados.

Hoy en día, gracias al perfeccionamiento de nuevas técnicas y diseños, se ha convertido en una práctica muy habitual en gran parte del mundo y entre varios grupos distintos de personas (Walzer, 2015). Esto está provocando, asimismo, un cambio en la visión de la sociedad con respecto al tatuaje. Algunos estigmas que existían entonces se han ido

disipando con el tiempo. No obstante, actualmente continúan habiendo ciertos estereotipos relacionados con las personas que defienden y fomentan este tipo de arte.

A día de hoy, existen pocas investigaciones relacionadas con analizar el tatuaje desde una perspectiva psicológica. Por esta razón, me parece interesante la idea de arrojar un poco de luz sobre este tema del que, por un lado, se conoce muy poco pero, al mismo tiempo, es algo que está muy presente en la sociedad actual.

Por todo ello, el presente trabajo tiene como objetivo conocer la evolución del tatuaje, desde sus orígenes hasta la actualidad, así como el impacto que tiene sobre la sociedad de hoy en día. Para ello, estudiaremos los distintos significados que tienen estos diseños para las personas que los llevan, las razones que les motivaron a hacérselos y las reacciones y opiniones que despiertan entre la población. Asimismo, dedicaremos una sección de este estudio para analizar la relación que existe entre el tatuaje y el mundo de la delincuencia.

Por último, al final de este trabajo realizaremos una propuesta de investigación en la que propondremos una serie de preguntas, tanto abiertas como cerradas, que se pueden realizar a diferentes usuarios para recabar más información actual sobre qué supone y qué significa el tatuaje para la sociedad.

2. Evolución del tatuaje a lo largo de la historia

De acuerdo con los últimos hallazgos, los primeros tatuajes que existieron en la historia de la humanidad se sitúan en la *época del neolítico* hace 5300 años. Una evidencia de ello son los restos encontrados del cuerpo de un cazador de la época llamado “Oetzi” (Ballén y Castillo, 2015). El cadáver, el cual se localizó en los Alpes (Brena, 2007), presentaba marcas de tatuajes tanto en la espalda como en las rodillas (Ballén y Castillo, 2015). Asimismo, en la cueva de Aurignac, en Francia, se encontraron huesos terminados en punta que se cree que fueron utilizados para hacer marcas en la piel (Ganter, 2005).

En torno al año 3000 a.C., la tradición del tatuaje se hizo muy común en el *Antiguo Egipto*. Eran las mujeres quienes solían llevarlos y simbolizaban protección, valentía, madurez o estaban relacionados con la magia o con algún tipo de animal. Los símbolos más comunes eran el escarabajo, el cual simboliza poder y trascendencia; la cruz ansada, la cual representa la vida eterna; y el ojo de udjat, relacionado con la salud y con el volver a la vida (AGORA).

Dentro de las *culturas tribales* esta práctica también era muy habitual. El tatuaje representaba un cambio vital: la conversión de animal a humano. Antes de marcarse la piel, esa persona era considerada como un mero animal pero, tras la realización del ritual, esta pasaba a ser completamente humano. Es a partir de ese momento cuando la persona podía participar plenamente en todas las actividades culturales y espirituales de la tribu. En este contexto, por tanto, el tatuaje simbolizaba cohesión y pertenencia a un grupo (Buss y Hodges, 2017).

En torno al año 1000 a.C., esta práctica se instauró en la cultura oriental debido al comercio entre India, China y Japón. En *China*, durante la época de Ming, las mujeres mayores de 12 años empezaron a tatuarse la cara para parecerles menos atractivas a los enemigos, por lo que el tatuaje suponía un método de protección. No obstante, esta práctica comenzó a hacerse cada vez más habitual hasta que acabó convirtiéndose en una tradición, por lo que el significado de esas marcas cambió y pasó a ser símbolo de madurez (AGORA). Más tarde, el tatuaje comenzó a ganar gran variedad de significados pues, en función del color, la cantidad y la zona donde se encontrasen, estos representaban determinados oficios, rasgos de belleza o estado civil. Por tanto, a raíz de los dibujos que tuvieran en la piel, las personas recibían un trato u otro (Cassab, 2002).

Por otro lado, los primeros en llevar tatuajes en *Japón* fueron los Ainu. Las mujeres de este grupo indígena se empezaban a hacer tatuajes al rededor de la boca desde el momento en que tenían su primera menstruación y dejaban de realizar esta práctica cuando contraían matrimonio. Estos tatuajes consistían en unas líneas que simulaban una sonrisa. Más tarde,

el tatuaje cobró un significado muy distinto pues era signo de delincuencia y esclavitud. Por tanto, marcarse la piel significaba ser una persona rechazada por la sociedad (AGORA). Sin embargo, con el tiempo esta práctica comenzó a ser común entre otros colectivos (Ganter, 2005): las geishas se tatuaban para mostrar el rango que ocupaban, los jakusas llevaban tatuajes representativos de esta mafia japonesa,... (AGORA). La expansión de esta práctica a través de diferentes grupos de la sociedad hizo que ya no fuera posible identificar a los esclavos y los presos por sus tatuajes. Esto, sumado a que los símbolos y dibujos tatuados empezaron a ser cada vez más grandes y extravagantes (Ganter, 2005), provocó que, cuando Japón comenzó a relacionarse con occidente, el emperador Matsuhito prohibiese la práctica de marcarse la piel, pues ello podría dar mala imagen frente al resto de países (Pérez y Castillo, 2013).

En relación a la *India*, los habitantes de este país interpretaban el tatuaje como algo erótico; pero también le atribuían un significado religioso, pues, según ellos, ayudaba al tránsito del alma. Un tatuaje muy común entre las mujeres, y que sigue siéndolo a día de hoy, es tatuarse un lunar en la cara. El objetivo de ello es ahuyentar el mal de ojo. Asimismo, otra tradición que sigue vigente hoy en día es el *tatuaje de henna*, cuya característica más singular es que no es permanente pues, al contrario que el tatuaje tradicional este desaparece con el tiempo. En función de la duración de estos dibujos, las mujeres saben si se acabarán casando con sus parejas o si sus bebés tendrán un futuro u otro. Por ello, es tradicional que se tatúen las manos antes de casarse y al octavo mes de embarazo (AGORA).

Por otro lado, en el año 1000 a.C. también era común en Oriente plasmar dibujos en la piel, especialmente, en *Grecia*. Los griegos usaban el tatuaje para marcar a esclavos y delincuentes y, de ese modo, diferenciarlos del resto de la población. 500 años más tarde, esta práctica llegó hasta la ciudad de *Roma*, donde las personas tatuadas eran o bien soldados o bien desertores. La tradición de los soldados consistía en tener el nombre del Cesar y la fecha de su primer día como miembros del ejército plasmados en el brazo derecho. Por tanto, en este caso, el tatuaje representaba lealtad y pertenencia a un grupo

(AGORA). De acuerdo con Vegecio, un historiador romano del siglo IV a.C, los reclutas del ejército debían pasar una serie de pruebas físicas y, en el caso de que fueran admitidos, eran marcados en la piel con algún símbolo representativo de la legión (Vegecio Renato, 2006). Otro historiador de la época llamado Suetonio relató que, durante el imperio de Calígula, éste mandaba tatuar de manera aleatoria a las personas que formaban parte de su corte (AGORA).

En esta misma época y a causa de las invasiones celtas el tatuaje también llegó a *Gran Bretaña*, pues era costumbre, entre los celtas, llevar dibujos tribales que representaran a la familia de la que provenían. De hecho, esta tradición sigue vigente hoy en día entre algunas familias escocesas de clase alta. Estos tatuajes consisten en dibujos simétricos y con líneas cruzadas que simulan un laberinto. Este diseño proviene de antiguos monjes que plasmaban este tipo de dibujos en los escudos de los luchadores para transmitirles fuerza y protección (AGORA).

No obstante parece que todo esto cambió cuando la expansión del cristianismo en la cultura occidental provocó la desaparición del tatuaje en *Europa*, pues el Antiguo Testamento prohibía cualquier actividad que implicase una modificación del cuerpo (Walzer, 2015). Puesto que Dios había creado al hombre a su imagen y semejanza, los seguidores de esta religión consideraban que el tatuaje significaba una forma de atentar contra la imagen que Dios quería que tuviese el ser humano. Además, el tatuaje también era considerado una manifestación satánica. Las únicas personas a las que se les permitía tatuarse, y solo las piernas o las manos, eran los gladiadores y los mineros (AGORA). No obstante, de acuerdo con Reisfeld (2004), antes de esta prohibición, los primeros cristianos se hacían tatuajes con motivos religiosos. Asimismo, los guerreros de las cruzadas se tatuaban cruces para asegurarse de que, en caso de fallecer, fueran enterrados siguiendo el rito religioso cristiano (AGORA).

En América Central, los *aztecas* tendían a hacerse representaciones de sus dioses con el objetivo de ahuyentar a los demonios. Una de las imágenes más comunes era el Dios azteca

Xochipilli, representante del amor, la belleza, las flores, las canciones, el baile, el juego y el maíz. Asimismo, las calaveras, los animales sagrados o el calendario azteca eran dibujos frecuentes. A su vez, los *mayas* se tatuaban a sus dioses, igual que los aztecas, o imágenes de la naturaleza, pues consideraban que ello les traería paz interior y prosperidad. En el caso de los guerreros, éstos se hacían un tatuaje por cada persona que mataban. Por tanto, a mayor número de tatuajes mayor número de víctimas, lo que implicaba mayor fuerza y valentía y, por tanto, servía para ahuyentar a los enemigos. Las mujeres, por otro lado, se solían tatuar las piernas hasta la cintura. Entre los tatuajes más comunes estaban el jaguar, que simboliza la fuerza y la dominación; el murciélago, que representa tanto el bien como el mal; y la tierra, símbolo de paciencia, inmensidad y cambio constante.

Entre los indígenas de los países sudamericanos, el tatuaje fue también una práctica muy habitual, especialmente en las zonas del rostro. En él, los *incas* se solían hacer dibujos abstractos mientras que las *tribus de los Aborígenes de Argentina* se tatuaban distintos diseños: los Tobas-Pilagáes se hacían una raya negra que atravesaba toda la cara, pasando por el labio superior de la boca, para espantar a los enemigos; los Mepenes se marcaban con cruces o líneas; las mujeres miembros de los Guaraníes del Litoral también se tatuaban líneas pero, en este caso, para indicar su virginidad; y los Matacos se hacían dibujos geométricos a la vez que se pintaban la cara cada día de un color diferente en función de su estado de ánimo (AGORA).

Volviendo de nuevo al *continente europeo* y tras una larga época donde el tatuaje estuvo excluido, en el siglo XVIII el capitán británico James Cook volvió a introducir este tipo de arte en Occidente (Rodríguez-García, Aguilar-Ye, Rodríguez-Silva y Rodríguez-Guzmán, 2012), pues tenía la costumbre de hacerse un tatuaje por cada sitio que visitaba navegando (Ganter, 2005). A raíz de Cook, esta práctica comenzó a hacerse habitual entre los marineros europeos y, más tarde, se extendió entre la población de soldados, trabajadores manuales y prisioneros (Caplan, 2000).

En los siglos XIX y XX, este estilo de arte comenzó a expandirse entre más colectivos de personas (Brena, 2007) incluidas miembros de la nobleza tales como Eduardo VIII y el zar Nicolás (Frigerio y Pironti, 1996). A finales del siglo XIX, Samuel O'Reilly inventó la primera máquina para tatuar del mundo. A partir de esta, otros autores comenzaron a perfeccionar la técnica y a crear nuevos modelos (Pérez Cabezas, 2014). En los años sesenta y setenta, marcarse la piel comenzó a ser símbolo de rebeldía y de desobediencia de las normas sociales (Brena, 2007). Esto se debe a que, puesto que en muchos momentos de la historia el tatuaje fue propio de grupos marginales (por ejemplo, los prisioneros), hacerse estos diseños suponía una forma de mostrar que aquellos que se los hacían no querían formar parte de las convenciones sociales (Pérez Fonseca, 2009). No obstante, no fue hasta los ochenta cuando se empezaron a abrir locales de tatuajes, por lo que esta práctica se convirtió en una nueva forma de negocio (Le Bretón, 2002). Este hecho, junto con la aparición de figuras públicas luciendo tatuajes, favoreció su extensión entre los diferentes grupos sociales de la sociedad contemporánea (Walzer, 2015).

En *España*, el tatuaje se introdujo en torno a los años sesenta y setenta. Al principio, comenzó siendo típico de los pueblos costeros y, a inicios de los ochenta, empezó a expandirse hacia el interior del país y a convertirse en una práctica habitual entre las personas de clase media. Durante la década de los ochenta, el tatuaje se empezó a popularizar entre los más jóvenes debido a la influencia de los grupos musicales de estilo punk, rock y el movimiento hippie (Pérez Cabezas, 2014). Con el paso de los años, al igual que en el resto del continente, a causa de la globalización el tatuaje se ha ido normalizando y difundiendo entre diferentes colectivos de personas pero, aún así, hoy en día sigue sometido a una serie de prejuicios y estereotipos que analizaremos más adelante.

Con este breve recorrido histórico del tatuaje hemos podido ver cómo ha ido evolucionando su uso y su significado a lo largo del tiempo. De todos los posibles significados que puede mostrar el tatuaje, cinco se han dado con más frecuencia que el resto. En algunas zonas, como Japón o Grecia, hemos visto que se utilizaba para *diferenciar* a personas pertenecientes a clases marginales, como por ejemplo, esclavos o criminales; en otros

países, como China o la India, se usaba como método de *protección*. Asimismo, en otros países asiáticos permitía significar diferentes *clases sociales*. En otras poblaciones, por el contrario, el tatuaje se realizaba por *motivos religiosos o espirituales*, como ocurría en las tribus mayas o en el Antiguo Egipto. Por último, la cohesión y *pertenencia a un grupo* es la quinta y última interpretación que muchas culturas le han dado al tatuaje, como las culturas tribales o los romanos. No obstante, el erotismo, la rebeldía o la madurez han sido otros significados que, aunque con menos frecuencia, también se han dado en algunas regiones del mundo.

3. El tatuaje en la actualidad, ¿por qué nos tatuamos?

Hoy en día no es raro ver a personas por la calle con la piel tatuada, especialmente jóvenes. No obstante los motivos que les llevan a hacerse un tatuaje, y sus significados, son muy variados.

Una investigación realizada por Pérez Fonseca (2009) indicó que una de las principales motivaciones que llevan a las personas a tatuarse, especialmente a jóvenes, es *diferenciarse* del resto de la gente, ser diferentes, únicos, singulares. Del mismo modo, estas personas buscan tatuajes que representen su personalidad. Una joven de 26 años con el 20% del cuerpo tatuado alegaba: “*Yo no quiero ser igual a nadie. [...] Yo escogía una cosa que es para siempre [...] que marca tu personalidad*”. Asimismo, esta autora encontró que otro aspecto de motivación es el intenso deseo de continuar decorando el cuerpo una vez realizado el primer tatuaje. Muchas personas decían que no podían evitarlo, que sienten un impulso que no pueden controlar que les lleva a continuar haciéndose más tatuajes. Además, al investigar sobre qué elementos influían a la hora de escoger unos diseños u otros, un elevado número de personas respondió que se basaban únicamente en la estética.

Una clínica de tatuajes y piercings de Granada inició una investigación, también en el año 2009, donde recogieron ciertos datos sobre seis hombres y seis mujeres que asistieron a dicha clínica. Entre la información recabada estaba el lugar, el tamaño y el tipo de tatuaje

que se realizaba cada persona. Los resultados encontrados diferían mucho entre hombres y mujeres. De acuerdo con los investigadores, los hombres tienden a hacerse tatuajes más grandes y en zonas del cuerpo más expuestas, tales como los brazos o la espalda. Por el contrario, los tatuajes de las mujeres suelen ser más pequeños y en zonas menos visibles, como por ejemplo, el tobillo o la tripa. No obstante, el significado atribuido por ambos sexos tiende a ser el mismo, más relacionado con la sensualidad y la seducción (González García, 2013).

Sastre (2011) llevó a cabo un estudio cualitativo que consistió en entrevistar a seis personas, de entre 23 y 26 años, que tenían tatuajes. Durante las entrevistas, emergió como una de las razones por las que tatuarse la influencia de su grupo de amigos, es decir, el hecho de que muchos se empezaran a tatuar provocó que ellos quisieran seguir el mismo camino. No obstante, también les motivó el hecho de sentirse diferentes al resto de personas y de poder dejar su identidad plasmada en la piel. Por tanto, el tatuaje significaba para los entrevistados una forma de sentirse únicos pero, al mismo tiempo, fomenta el sentimiento de pertenencia a un grupo.

Por otro lado, Ferreira (2014) realizó una investigación en Lisboa, Portugal, donde entrevistó a 15 personas con tatuajes pertenecientes a diferentes clases sociales y con edades comprendidas entre los 20 y 34 años. Los resultados indicaron que una de las principales razones por las que los participantes decidieron tatuarse la piel fue para *buscar visibilidad*, es decir, romper con los cánones de belleza tradicionales y tener una estética diferente a la habitual. Asimismo, otra motivación fue la *búsqueda de la intensidad*. Puesto que vivimos en una cultura que trata de huir del dolor, el hecho de tatuarse (actividad que causa intensas molestias durante su realización) implica intensificar su existencia individual a través de una experiencia corporal real. Una de las participantes, de hecho, sostuvo: “*Si no doliese, posiblemente no le darías el mismo significado que realmente le das a tu tatuaje*”.

Un dato curioso resultado de esta misma investigación es que los participantes hablaron de la práctica del tatuaje como una “*adicción*”. Con ello se refieren a que, una vez que se hicieron su primer tatuaje, quisieron y quieren hacerse más mientras sigan teniendo espacio en la piel. Algunos entrevistados decían incluso que salían del estudio de tatuajes pensando en cuál sería el próximo.

Las personas que deciden hacerse varios tatuajes suelen dedicarle más tiempo a pensar sobre el tipo de diseño que quieren, su tema, tamaño, localización u originalidad; sobre su visibilidad social, referida a las opiniones que pueden despertar en la familia, los amigos o en el trabajo; y sobre los posibles riesgos físicos y sociales que existen. Todos estos aspectos se suelen tener en cuenta con mayor seriedad que aquellos sujetos que deciden hacerse tan solo uno o dos tatuajes. Esto se debe a que estas personas tratan de conseguir cierta estética y armonía entre todos sus dibujos.

Otro estudio realizado, esta vez, en Estados Unidos, recogió una muestra de 458 universitarios con (195) y sin tatuajes (257) para conocer las razones por la cuales habían decidido tatuarse o, por el contrario, no hacerlo. Los resultados relacionados con el primer grupo de personas fueron muy variados, entre los que destacaron la diferenciación individual (17,9%), la representación de algún evento o persona significativa en sus vidas (14,7%), los motivos espirituales (14,2%) y de estética (13,2%). Sin embargo, motivos como la reivindicación de libertad e independencia fueron menos comunes entre los participantes de este estudio (6,8%). Asimismo, también se encontró que las mujeres suelen hacerse tatuajes más pequeños que los hombres y en lugares donde se puedan tapar más fácilmente (Dickson, Dukes, Smith y Strapko, 2015).

Por otro lado, los resultados de esta misma investigación también mostraron que las razones que llevaron al resto de la muestra a no hacerse ningún tatuaje, la cual conformó un 56,9% de los participantes, fueron la preocupación por la permanencia de estos dibujos (33,5%), la falta de deseo de hacerse uno (26,9%), la falta de tiempo o de dinero (17,6%), la desaprobación de los padres u otras personas (12,4%), el miedo a sentir dolor (12,1%), el

no encontrar ninguna razón para hacerse el tatuaje (11,3%), el no saber qué diseño hacerse (10,5%), por creencias personales o religiosas (4,3,%) y por otras razones (8,6%).

Walzer (2015) también realizó otro estudio en el que se entrevistaron tanto a personas portadoras de tatuajes como a tatuadores. La muestra se compuso de participantes con edades que oscilaban entre los 21 y 61 años y pertenecientes a diferentes grupos sociales. Los resultados de las entrevistas fueron muy diversos. Algunas personas dijeron que se tatuaron para recordar acontecimientos de su vida que habían sido significativos para ellos, acontecimientos dolorosos pero de los cuales aprendieron y les motivaron para realizar un cambio en sus vidas. Por ejemplo, una de las mujeres entrevistadas alegó haber sufrido y superado muchas experiencias duras desde su infancia hasta ese momento por lo que eligió tatuarse una mariposa debido a todas las fases de transformación por las que pasa dicho animal hasta convertirse en lo que es. No obstante, otras personas dijeron tatuarse para *recordar momentos felices* tales como el nacimiento de sus hijos o su etapa de estudiantes universitarios (Walzer, 2015).

Otra motivación comentada por los entrevistados fue el *promover un cambio*, es decir, había algo en ellos que querían cambiar y sentían que si se lo tatuaban en la piel era posible que les fuese más fácil realizar tal cambio. Por ejemplo, una mujer dijo haberse tatuado un pentagrama porque su pareja era músico y cada vez que viajaba por trabajo ella lo pasaba muy mal, por lo que ese tatuaje tenía la función de ayudarla a llevar esa situación de una manera más positiva.

La *reivindicación* es otro de los motivos que, de acuerdo con este estudio, lleva a la gente a tatuarse. El tatuaje, para algunos, supone una forma de defender los derechos y libertades que tiene cada persona para hacer lo que quiera con su cuerpo independientemente de lo que opine el resto de la sociedad. Una de las entrevistadas alegaba “entonces puse ‘esta es mi piel’ y a quien le guste bien y a quien no le guste tampoco es un problema”.

Siguiendo con esta misma investigación, otras personas decían haberse tatuado para *sentir protección o fuerza frente a una enfermedad física* que estaban sufriendo. Otras, por otro lado, sentían que sus tatuajes *expresaban su personalidad*, su forma de ser, su identidad, y que, por tanto, el tatuaje formaba parte de ellos, de su persona: “*yo no soy yo sin ese tatuaje ahí*”.

Finalmente, las dos últimas razones que resaltaron en esta investigación fueron la sensación de pertenencia a un grupo y por motivos estéticos. En el caso de la primera motivación, muchas personas decidieron tatuarse para compartir su afición por las motos, su fanatismo por un grupo de música o su inclusión en el ejército. En el segundo caso, las personas se tatúan por imitar a gente que admiran o cuyo estilo les gusta, lo que les hace querer parecerse a ellos.

Por último, Walzer y Sanjurjo (2016) analizaron la influencia que han tenido las redes sociales e internet en la expansión del tatuaje. El estudio consistió en una serie de entrevistas realizadas a gente tatuada y a tatuadores de Madrid, Barcelona y Nueva York. La muestra se compuso por 71 personas en total, con edades comprendidas entre los 21 y los 61 y con profesiones muy diversas. Los resultados indicaron que los medios han tenido un fuerte impacto en la práctica del tatuaje en la sociedad contemporánea. A través de internet, las personas pueden ver qué tipo de diseños están más de moda, cuáles quedan más estéticos y, sobre todo, qué tatuajes llevan sus personajes públicos favoritos tales como músicos, actores o futbolistas. De acuerdo con uno de los tatuadores entrevistados “somos como ovejas, cuando vemos algo fashion lo seguimos”; esto se refiere a que mucha gente se tatúa solo por seguir a las masas, por seguir los dictámenes de lo que ellos interpretan que es la moda. Por tanto, en estos casos, la práctica del tatuaje pierde su carga emocional o personal y se basa, únicamente, en lo meramente estético.

Los siete estudios analizados han obtenido gran variedad de resultados en relación a los motivos por los cuales las personas deciden tatuarse y, por lo tanto, en relación al significado que estos sujetos les atribuyen a sus tatuajes. Las razones que, de mayor a

menor frecuencia de acuerdo con las investigaciones encontradas, llevan a las personas a realizarse marcas permanentes en la piel son:

- Diferenciación individual (representación de la propia identidad).
- Estética.
- Pertenencia a un grupo.
- “Adicción” al tatuaje.
- Superación de experiencias difíciles.
- Intensificación de la propia existencia.
- Seducción.
- Representación de personas o hechos importantes.
- Religión.
- Promoción de un cambio.
- Reivindicación.

4. Estigmas relacionados con el tatuaje

Como ya dijimos con anterioridad, a pesar de la gran expansión que está teniendo el tatuaje en los últimos años entre las diferentes clases sociales, aún siguen existiendo una serie de estigmas dirigidos hacia este tipo de práctica. Este apartado, por tanto, lo dedicaremos a analizar qué tipo de estereotipos están presentes en la sociedad de hoy hacia el tatuaje.

Dean (2010) llevó a cabo una investigación en Albuquerque, Nuevo México, Estados Unidos, con el objetivo de conocer la percepción que tenían los consumidores sobre aquellos trabajadores que presentan tatuajes. Asimismo, pretendía analizar si tal percepción se ve afectada por el tipo de servicio que están realizando los trabajadores, la edad del consumidor y la presencia, o no, de tatuajes en el cuerpo de éste. Antes de iniciar la investigación, este autor elaboró tres hipótesis: 1) los participantes tatuados tendrán una visión más favorable sobre los trabajadores con tatuajes en zonas visibles del cuerpo en comparación con aquellos participantes que no presentan ninguna marca en la piel; 2) los

participantes más jóvenes tendrán una visión más favorable que los de mayor edad; 3) los participantes verán los tatuajes en lugares visibles como más inapropiados en trabajadores con oficios no manuales (enfermeros, dentistas, banqueros, contables, etc.) que con oficios manuales (mecánicos, camareros, peluqueros, etc.). La muestra se compuso de 191 personas, tanto jóvenes (desde 18 años) como adultos (más de 50 años), que tuvieron que responder a un breve cuestionario.

Los resultados del estudio indicaron que la hipótesis uno se cumplía muy escasamente, pues tanto personas tatuadas como no tatuadas coincidieron en muchos aspectos. Ambos grupos consideran que es inapropiado que las personas que trabajan manejando dinero (banqueros, contables o corredores de bolsa) lleven tatuajes visibles, pues la imagen que transmiten es de desconfianza y poca profesionalidad. Algunos participantes dijeron que los tatuajes implican impulsividad, cualidad de la cual debe prescindir una persona que trabaja con el dinero de otros; mientras que otros sujetos sostuvieron que los tatuajes son propios de trabajadores sin experiencia. Asimismo, ambos grupos coincidieron en que, por el contrario, trabajadores como mecánicos o camareros sí que podían llevar tatuajes visibles pues no realizan trabajos de oficina, no tienen que vestir arreglados y, por tanto, esos diseños indican que tienen “personalidad”, algo positivo para este tipo de trabajos. No obstante, un aspecto en el que sí se encontraron diferencias entre participantes con y sin tatuajes fue en los estigmas hacia enfermeros o dentistas. Aquellos que consideraban que el tatuaje, en esos casos, es inapropiado lo argumentaban diciendo que es antihigiénico y que ese tipo de trabajadores, al ser profesionales de la salud, no deberían llevarlos.

Por otro lado, se encontraron evidencias que apoyaron la hipótesis dos pues, por lo general, las personas más jóvenes consideraban que los tatuajes visibles son apropiados en la mayoría de los trabajos, mientras que los participantes más mayores opinaban que las personas con marcas en la piel son menos inteligentes y atractivas así como más rebeldes y deshonestas.

Finalmente, con respecto a la tercera y última hipótesis, se comprobó que, efectivamente, los participantes consideraban que los trabajadores con oficios manuales pueden llevar tatuajes en zonas visibles del cuerpo mientras que las personas tatuadas que elaboran trabajos de oficina transmiten una imagen más negativa.

Años más tarde, Larsen, Patterson y Markham (2014) llevaron a cabo un estudio en el que entrevistaron a un total de 10 personas, algunas de las cuales llevaban tatuajes en el cuerpo y otras no. Las preguntas realizadas estuvieron orientadas a conocer la actitud de los participantes con respecto a esta práctica. Los sujetos que carecían de tatuajes dijeron relacionar estos dibujos con personas que realizaban actos ilegales tales como miembros de la mafia, ladrones o piratas. Los autores denominan a este tipo de estereotipos “*estigma de desviación*”. No obstante, estas mismas personas también reconocieron que esa visión cambiaba en función de si conocían o no a la persona. Por ejemplo, uno de los participantes dijo que si una persona le caía mal, sus tatuajes le harían reafirmarse en ese sentimiento de rechazo; sin embargo, si una persona le caía bien y esta se hacía un tatuaje, él los vería como algo bonito y estiloso.

Por otro lado, los participantes con tatuajes también reconocieron tener ciertos prejuicios pues criticaban a aquellas personas que se hacían tatuajes sin entender realmente, bajo su punto de vista, este tipo de arte. Estos sujetos alegaban que les parecía mal y les molestaban aquellas personas que se tatuaban de manera impulsiva, con diseños que carecían de un significado personal y cuyo objetivo único era seguir una moda. Este tipo de estereotipos, según los autores, reciben el nombre de “*estigmas de la materia prima*”.

Un dato curioso de esta investigación es que también recoge las estrategias que las personas con tatuajes utilizan para evitar ser juzgados por la sociedad. Algunas participantes dijeron que, para compensar la posible mala imagen que puede derivar de sus tatuajes, trataban de llevar ropa estilosa y muy femenina pues, de ese modo, no recibían tantas críticas por parte de terceras personas. Esta estrategia recibe el nombre de “*manipulación de la autopercepción*”. La siguiente estrategia, llamada “*manipulación de la percepción de*

otros”, consiste en que las personas tatuadas expliquen las circunstancias bajo las que se hicieron tales dibujos, el importante significado que tienen para ellos, cómo se sienten con sus tatuajes y el cambio positivo que ha provocado en su vida a nivel personal. Tras escuchar estas historias, las personas parecen dejar de juzgar sus tatuajes. La tercera estrategia mencionada en este estudio se llama “*manejo de múltiples identidades*” y resulta ser la más utilizada por los miembros de la muestra, especialmente en el contexto laboral. Esta consiste en llevar ropa que tape los tatuajes de forma que la gente no pueda verlos y, por lo tanto, elaborar juicios negativos. Una última estrategia, llamada “*desvinculación*”, consiste en que las personas eviten que se les vincule o relacione con otros colectivos de personas que también llevan tatuajes y que están altamente estigmatizados. Por ejemplo, una de las participantes decía: “Muchos amigos míos llevan tatuajes y nunca les invitaría a mi galería (lugar donde trabaja) porque no quiero que me relacionen con su actitud inmadura sobre las modificaciones corporales”.

Otra investigación realizada en Estados Unidos por Foltz (2014) consistió en pasar cuestionarios a cien estudiantes universitarios para conocer sus opiniones con respecto a los tatuajes y la influencia que tienen estos diseños a la hora de buscar un trabajo en una empresa. De las cien personas que componían la muestra, 79 no tenía ningún tatuaje. Los resultados indicaron que la mayoría de los participantes, tanto tatuados como no tatuados, estaban de acuerdo en que la tarea de encontrar trabajo una vez graduados, sería más difícil para aquellos que llevan tatuajes. Es por esta razón por la que la mayoría de los estudiantes que estaban pensando en hacerse un tatuaje o que ya lo tenían, escogían zonas del cuerpo y diseños que se pudieran tapar con facilidad a la hora de buscar un empleo. Sin embargo, una vez contratados, a la hora de acudir a eventos importantes relacionados con sus negocios, un cuarto de la muestra no tendría inconveniente en enseñar sus tatuajes. A la hora de hacer un cambio de roles y pedirles a los estudiantes que se imaginasen que, esta vez, eran ellos quienes debían contratar a personal, muchos reconocieron que el hecho de que los candidatos tuviesen tatuajes visibles sería un punto en contra.

Por tanto, en los tres estudios analizados, hemos encontrado información sobre los estigmas que existen en la actualidad hacia los tatuajes y hacia las personas que los llevan. Hemos visto que estas marcas están peor vistas en trabajadores que desempeñan cargos de oficina que en trabajadores que realizan funciones manuales. Los tatuajes del primer grupo de personas parecen transmitir sensación de desconfianza y, según varios testimonios, el trabajador que los lleve será impulsivo, antihigiénico y poco profesional. Sin embargo, si es el segundo grupo de personas quien lleva tales diseños, implicaría que estos sujetos tienen personalidad.

Por otro lado, hemos podido ver resultados que indican que las personas mayores presentan más prejuicios que los jóvenes, ya que piensan que el tatuaje es signo de una personalidad rebelde, deshonesto, poco inteligente y poco atractiva. Asimismo, otros estigmas que hemos encontrado es la relación del tatuaje con la delincuencia (estigma de desviación) o, según los diseños, con la falta de compromiso y de verdadero entendimiento de este arte (estigma de la materia prima). No obstante, varios sujetos han reconocido que sus opiniones vienen influenciadas por el hecho de conocer o no a la persona portadora de tales marcas.

Por último, también hemos encontrado que los jóvenes son conscientes de los estigmas sociales que hay en relación con el tatuaje y el mundo laboral y que, por ello, piensan de manera estratégica en qué parte del cuerpo plasmar sus tatuajes. Asimismo, reconocen que ellos mismos también adquirirían cierta actitud de rechazo frente a candidatos a un puesto de trabajo con tatuajes visibles.

5. Tatuajes y delincuencia

Como ya vimos con anterioridad, en algunos lugares y épocas de la historia, el tatuaje ha estado muy relacionado con los grupos marginales y, en especial, con los delincuentes. Todavía, a día de hoy, es común ver a miembros de bandas criminales o a delincuentes que actúan en solitario, portando distintos tatuajes llamativos.

En el siglo XIX, dos autores especializados en el mundo de la criminología, Cesare Lombroso y Francisco Martínez Baca, trataron de analizar el significado de los tatuajes que llevaban los delincuentes y las razones que les motivaban a hacerse tales marcas. En su libro “Los criminales”, Lombroso expuso que los tatuajes de este colectivo eran, además de recurrentes, signo de vanidad y atavismo. Es decir, sorprendido por la mezcla de diseños con motivos religiosos junto con los de un aspecto más obscuro, el autor llegó a la conclusión de que estos resultaban del afán del delincuente por sentirse admirado, unido a la presencia de una tendencia hacia lo primitivo, ya que el criminólogo definía estos tatuajes como “una especie de escritura jeroglífica, no sujeta a reglas ni fija” (Lombroso, 1883).

Asimismo, Francisco Martínez Baca, en su obra “Los tatuajes. Estudio psicológico y médico-legal en delincuentes y militares” (1899), comparte la idea de Lombroso sobre el atavismo, pero la enfoca desde una perspectiva diferente. Martínez Baca sostiene que los criminales se tatúan debido a que sus ancestros indígenas también lo hacían. Dichos ancestros, de acuerdo con el escritor, estaban reprimidos por el país, es decir, estaban excluidos de la sociedad. Por tanto, puesto que los prisioneros también pertenecen a un grupo marginal, decidieron seguir los mismos pasos que sus antepasados y marcarse la piel. Por ello, este autor apoya la idea del atavismo pero vista como una herencia étnica y cultural. Por otro lado, en ese mismo libro, el criminólogo expone una investigación que realizó con el objetivo de vincular los tatuajes de los delincuentes al tipo de delito cometido. Sin embargo, no encontró una relación significativa entre ambas variables (Martínez Baca, 1899).

En el siglo XX, la argentina Hilda Marchiori escribió un libro llamado “Personalidad del delincuente” (1978) donde plantea ideas muy diferentes a los criminólogos anteriormente mencionados. Esta autora sostiene que muchos delincuentes suelen marcarse la piel una vez se encuentran dentro del ambiente carcelario. Estas marcas pueden ser realizadas, o bien por un tatuador que, al mismo tiempo, sea un interno de la cárcel, o bien por ellos mismos con el objetivo de autocastigarse causándose dolor. De acuerdo con Marchiori, los tatuajes

de los presos pueden guardar muchos significados, siendo uno de los más comunes tener presente a sus seres queridos. Para ello, se tatúan el nombre de sus familiares o algún símbolo que les relacione con ellos. No obstante, esta también puede ser una forma de mostrar su miedo a perderles. Además de estos, los tatuajes pueden tener otras implicaciones: sensación de pertenencia a un grupo, reafirmación de su propia identidad, manifestación de sus conflictos más internos o, como dijimos anteriormente, como una necesidad de autocastigo y autodestrucción motivada por un sentimiento de culpabilidad. De hecho, el testimonio de un interno decía haberse tatuado a modo de sacrificio por no poder participar en la crianza ni estar presente durante el desarrollo de su hijo recién nacido (Marchiori, 1978).

En la década de los 80 y los 90, se llevaron a cabo algunas investigaciones destinadas a analizar la relación entre el tatuaje de los criminales y la psicopatología que estos presentaban. Sin embargo, los resultados no coincidían pues, mientras algunos autores no encontraron relaciones significativas (González, 1983; Ochoa Islas, 1985), otros sí lo hicieron (Páez, et al., 1995). Este último autor encontró, junto a su equipo, que las personas que cometían homicidios solían llevar tatuajes agresivos, mientras que los que atentaban contra la propiedad y la salud se tatuaban caras de personas.

En los últimos años se encuentran muy pocos estudios recientes con respecto al análisis de los tatuajes de los criminales o la posible relación existente entre la delincuencia y este tipo de arte. No obstante, cabe mencionar la investigación de Ribeiro y Mendoza (2013), que realizaron con el objetivo de entender los motivos y el significado de los tatuajes de los internos de una cárcel de México. Para ello, realizaron, por un lado, un grupo focal formado por siete presos con quienes se estuvieron reuniendo una vez a la semana durante todo un año. En estos encuentros los internos encontraban un espacio donde poder hablar libremente, entre otras cosas, sobre sus tatuajes. Por otro lado, las autoras realizaron una serie de entrevistas abiertas a otros seis internos del mismo centro penitenciario: dos tatuadores y cuatro con tatuajes.

Los resultados relacionados con el primer objetivo de la investigación mostraron que una de las razones por las cuales los internos decidían tatuarse era para romper con la rutina y la cotidianidad propia de la vida en la cárcel. Una de las personas entrevistadas decía: “Aquí solo es una rutina de hacer lo mismo todos los días, por eso hace falta que te llegue a las manos una tinta para salir de aquí por un momento”. Los participantes también decían que era una forma de sentir su cuerpo y, además, de *diferenciarse* del resto de presos. Uno de los tatuadores comentaba: “Me gusta sentir, duele mucho, pero me gusta”. Otra motivación que parecían compartir algunos participantes era la búsqueda de la *sensación de tener algo propio*, algo que solo fuera suyo pues, teniendo en cuenta que en las cárceles se comparten las mayorías de las cosas, el tatuaje suponía uno de los pocos aspectos que podía ser únicamente propiedad de uno mismo. Una última motivación encontrada en este estudio fue la *necesidad de comunicación*, es decir, en las entrevistas, varios internos indicaron que no se sentían escuchados por nadie por lo que, frente a la necesidad de expresarse, decidieron contar su historia y su experiencia en la cárcel a través de sus tatuajes.

Por otro lado, con respecto al segundo objetivo de este estudio, las autoras encontraron que los tatuajes de los participantes podían tener dos *significados* distintos: el *recuerdo de personas importantes* o la *protesta contra la iniciativa de la reinserción social*. En el primer caso, los tatuajes más comunes son aquellos que recordaban a los familiares, a las parejas sentimentales o a la banda o grupo al que pertenecían. En el segundo caso, tal y como comenta uno de los presos, el objetivo es “expresar que el sistema no sirve, que la readaptación no existe”.

Otro documento encontrado nos expone algunos de los tatuajes más comunes dentro de las prisiones sudamericanas, así como el significado de los mismos. De acuerdo con la Asociación de Grafólogos Oficiales de la República Argentina, estos diseños son muy variados aunque, a pesar de ello, gran parte están relacionados con el rechazo a las fuerzas del orden, por ejemplo, el tatuaje de los cinco puntos: cuatro conformando los vértices de un cuadrado y uno en el centro. Este diseño representa el rechazo que sienten muchos criminales hacia los policías, los cuales vienen representados por el punto central. El resto

de puntos representan a delincuentes que están rodeando al policía con intención de matarle (AGORA).

Otro tatuaje altamente común es la *telaraña*. Algunos delincuentes se lo hacen como símbolo de sentirse atrapados, no necesariamente en la cárcel, sino que pueden referirse también a otros aspectos, por ejemplo, el mundo de las drogas. Este mismo diseño también es frecuente verlo en personas que tienen que cumplir una condena de muchos años, pues se tatúan una línea más por cada año que van sumando en prisión.

La *calavera* es otra imagen que puede guardar diferentes significados. En algunos casos, representa rudeza e implica que esa persona no dudará en matar cuando lo considere necesario. Si a esta le añadimos un puñal que atraviesa, significa que su historial delictivo incluye agresión a la autoridad. Sin embargo, si le añadimos una capa negra y una guadaña significa que esa persona está ocupando el mayor rango dentro de la cárcel. Las *armas* o los *animales salvajes* también son diseños que se utilizan para indicar la posición jerárquica que ocupan los internos.

Por otro lado, de acuerdo con los autores, los agresores sexuales suelen tener tatuajes con motivos místicos o religiosos debido a la protección que reciben dentro de la cárcel para evitar ser atacados por el resto de presos. Finalmente, los diseños con motivos sexuales también son frecuentes y representan virilidad y necesidad de mantener una vida sexual activa. Normalmente vienen representados por el cuerpo desnudo de una mujer.

En resumen, en la bibliografía encontrada hemos visto que los tatuajes son muy frecuentes dentro del colectivo criminal y que estos hacen uso de sus diseños para expresar diferentes cosas o satisfacer ciertas necesidades. Por tanto, los tatuajes pueden expresar una necesidad de sentirse admirados o respetados, pueden ser resultado de un impulso primitivo o herencia cultural, pueden ser una forma de recordar a los seres queridos, de expresar miedos, conflictos internos o experiencias, de reafirmar la propia identidad, de salir de la rutina, de mostrar su rechazo hacia las autoridades y hacia el sistema o de tener algo propio.

Asimismo, también hemos visto tatuajes como señal de autocastigo y culpabilidad, de pertenencia a un grupo, de búsqueda de sensaciones corporales, de individualidad o como indicativo de cierto rango dentro de la cárcel.

6. Conclusiones

En esta investigación hemos podido ver diferentes aspectos del tatuaje: tanto su evolución histórica como sus variadas interpretaciones según qué colectivos de personas. Se trata de un arte muy antiguo que ha ido viajando a lo largo del tiempo por diferentes culturas hasta llegar a convertirse en lo que es hoy. Esto significa que los significados que le atribuimos en la actualidad son el resultado de todos esos miles de años de existencia. Esta influencia se ha podido ver muy claramente en la información recabada en este estudio.

A la hora de analizar las razones por las cuales las personas deciden tatuarse, hemos encontrado gran variedad de resultados. No obstante, entre toda esta diversidad, hay una serie de motivaciones que, además de ser de las más frecuentes, me han llamado especialmente la atención.

Una de estas razones ha sido la necesidad de la persona de sentirse diferente al resto, de tener una o varias marcas distintivas que le hagan especial, única, algo que no tenga ningún otro individuo del planeta y que sea representativo de su personalidad (Pérez Fonseca, 2009; Sastre, 2011; Ferreira, 2014; Dickson, Dukes, Smith y Strapko, 2015; Walzer, 2015). Hoy en día, vivimos en un mundo donde cada vez se critica más la represión, la censura, la inhibición, la vergüenza o el miedo y se premia la transparencia, la honestidad, la liberación, la expresividad o la autenticidad. Es posible que el tatuaje sea una de las consecuencias de este nuevo movimiento, de esta nueva forma de pensar que está envolviendo a las generaciones más jóvenes. La sociedad, por tanto, está animando a las personas a ser diferentes y una de las formas que han encontrado para serlo y demostrarlo es el tatuaje. Sin embargo, esto está provocando que tanto el tatuaje como el buscar ser diferente se conviertan en una moda, es decir, puesto que actualmente se aplaude lo distinto, los sujetos

buscan ser distintos pero, paradójicamente, lo que realmente están haciendo es seguir una tendencia, la tendencia de ser únicos. Esta idea me hace plantearme la siguiente cuestión: ¿hasta qué punto estas personas son diferentes al resto si la vía que están utilizando para ello es la misma que están usando otras muchas personas?

Otra de las razones que me ha llamado la atención ha sido la búsqueda de la sensación de pertenencia a un grupo (Sastre, 2011; Walzer, 2015). El ser humano tiene la necesidad innata de sentirse parte de algo, de sentirse incluido y aceptado dentro de un grupo, pues somos seres que, por naturaleza, nos desarrollamos y vivimos en sociedad y, por tanto, nos relacionamos con otras personas. Es por esto que la exclusión genera una serie de consecuencias y emociones desagradables dentro del ser humano, pues el hecho de estar apartados de la sociedad es algo que va en contra de nuestra naturaleza. Por ello, puesto que, como hemos visto, el tatuaje es una práctica que ha ganado mucha popularidad en los últimos años, no es extraño comprobar que muchas personas buscan tatuarse para formar parte del gran colectivo que sigue esta tendencia.

Finalmente, una última idea que me gustaría remarcar es que algunas investigaciones han coincidido en que la estética juega un papel muy importante en relación al tatuaje (Pérez Fonseca, 2009; Dickson, Dukes, Smith y Strapko, 2015; Walzer, 2015; Walzer y Sanjurjo, 2016). La motivación de varias personas, tanto a la hora de decidir tatuarse como a la hora de escoger el diseño, está basada únicamente en si el dibujo queda físicamente estético plasmado en la piel. Esta motivación parece algo superficial y puede venir motivada por la idea comentada anteriormente sobre la tendencia de las personas a seguir la moda y sentirse, de ese modo, formando parte de un grupo.

Por otro lado, con la escasa bibliografía encontrada hemos podido conocer algunos de los estigmas sobre el tatuaje más predominantes en la sociedad actual. Es en este área donde más se puede apreciar la influencia histórica del tatuaje sobre la mentalidad de muchas personas.

Por un lado, es curioso comprobar que la mayoría de los estereotipos van dirigidos hacia el mundo laboral. Una posible explicación a ello puede ser que las personas, a la hora de solicitar cierto servicio, puesto que no son unas entendidas en la materia, necesitan sentirse seguras de que dicho trabajador va a ayudarles correctamente y va a cumplir sus expectativas. Para ello, los clientes buscan aquellas empresas o aquellos trabajadores que les transmitan mayor seguridad pues, de esa forma, sienten que, al depositar su confianza en ellos, están haciendo una apuesta más segura y se están arriesgando menos a perder su tiempo y su dinero. Por tanto, los consumidores buscan cualquier signo o señal que les pueda dar un dato o una pista sobre el trato y el servicio que van a recibir. Una de las señales a las que más se atienden, sin ser, realmente, la más fiable, es el aspecto físico. En este caso, solo nos hemos centrado en analizar los tatuajes, pero sería interesante realizar investigaciones que estudien qué rasgos físicos transmiten más confianza a los clientes y que características transmiten más desconfianza.

Además de esto, también me ha llamado la atención el estudio realizado por Foltz (2014) pues, aunque pienso que con el tiempo estos estereotipos están disminuyendo, de acuerdo con este autor, hay jóvenes que, en cierto modo, fomentan la permanencia de estos prejuicios, incluso los jóvenes con tatuajes, pues ellos mismos reconocen tener menos confianza en aquellos trabajadores que llevan tatuajes visibles.

Considero que todas estas ideas estigmatizadas pueden venir influenciadas por el pasado histórico del tatuaje. A pesar de que también ha tenido interpretaciones positivas, parece ser que las ideas que más se han filtrado y que han llegado hasta el presente son las negativas, es decir, las relacionadas con las clases sociales bajas, la delincuencia o la rebeldía. Esto explicaría la actitud de rechazo que muchas personas muestran hacia quienes llevan tatuajes, especialmente si nos situamos en el contexto profesional. Esto es a tal punto que, de acuerdo con Larsen, Patterson y Markham (2014), muchas personas necesitan acudir al uso de una serie de estrategias para evitar sentirse atacadas a causa de sus tatuajes.

No obstante, también considero que estos prejuicios se están disolviendo con el tiempo y confío en que, algún día, desaparezcan por completo pues, la experiencia nos ha enseñado que, efectivamente, las apariencias engañan.

A la hora de estudiar las razones y los significados que las personas atribuyen a sus tatuajes o los estigmas existentes, las investigaciones suelen estar centradas en analizar la edad y la profesión de esos sujetos. No obstante, sería interesante que, en las entrevistas o cuestionarios de futuras investigaciones, se incluyan también preguntas que proporcionen información sobre el ambiente familiar de los participantes, es decir, el tipo de familia que tienen (nuclear, monoparental,...), el estilo educativo recibido (autoritario, permisivo,...), la procedencia de su familia (asiática, africana, europea,...) y el tipo de trabajo que tienen sus padres o tutores legales. Todo esto tendría el objetivo de conocer hasta qué punto el ambiente familiar en el que vive o ha vivido la persona, influye en la opinión y en la toma de decisiones relacionadas con los tatuajes.

Un modelo de entrevista semiestructurada que hemos diseñado y que permitiría recabar información de una manera muy completa sería el siguiente:

1. ¿Cuántos años tienes?
2. ¿A qué te dedicas?
3. ¿Tienes algún tatuaje?
4. Si has respondido si:
 - a) ¿Cuántos llevas?
 - b) ¿Cuándo te lo(s) hiciste?
 - c) ¿Por qué te lo(s) hiciste?
 - d) ¿Qué significan para ti?
 - e) ¿Tienes pensado hacerte más?
 - f) ¿En qué te basas para elegir el tamaño y la localización del tatuaje?
 - g) ¿Alguna vez has vivido algún tipo de discriminación por llevar tatuajes?
 - i. Si has respondido si, ¿qué ocurrió?
5. Si has respondido no:

- a) ¿Por qué no llevas ningún tatuaje?
 - b) ¿Tienes pensado o te gustaría hacerte alguno?
 - c) ¿Qué opinas sobre la gente que lleva tatuajes?
6. ¿Tu entorno de amigos lleva tatuajes?
 7. ¿Tu entorno familiar lleva tatuajes?
 8. ¿En qué tipo de familia has crecido (monoparental (con un solo progenitor), nuclear (con los dos progenitores), homoparental (con dos padres o dos madres),...)?
 9. ¿Qué tipo de educación has recibido (estricta, permisiva,...)?
 10. ¿De qué procedencia es tu familia?
 11. ¿A qué se dedica tu familia?
 12. ¿Qué opina tu familia sobre los tatuajes?
 13. ¿Qué opinas sobre que un oficinista lleve tatuajes? ¿Por qué?
 14. ¿Qué opinas sobre que un médico lleve tatuajes? ¿Por qué?
 15. ¿Qué opinas sobre que un camarero lleve tatuajes? ¿Por qué?
 16. ¿Qué opinas sobre que un obrero lleve tatuajes? ¿Por qué?
 17. ¿Contratarías a alguien que lleve tatuajes? ¿Por qué?

En relación al tatuaje dentro del ámbito penitenciario, también podemos observar la influencia del pasado del tatuaje. Los significados variados que han existido a lo largo de la historia (pertenencia a un grupo, espiritualidad, diferencia de rangos,...) también existen hoy en día dentro del colectivo criminal. Resulta muy interesante, de todas formas, la cantidad de reflexiones que hacen los delincuentes, especialmente aquellos que se encuentran cumpliendo condena, en relación a sus tatuajes. Estos les atribuyen a sus diseños significados diferentes, lo que implica, por tanto, que esas marcas representan gran variedad de sentimientos, sensaciones, miedos, preocupaciones, aspiraciones y necesidades que una persona carente de libertad de movimiento puede llegar a tener.

En resumen, y teniendo en cuenta toda la información recabada, podemos sacar en conclusión que el tatuaje supone la representación desde los aspectos más externos hasta

los más internos de una persona y que, por ende, no se deben juzgar ni sus diseños ni mucho menos a sus dueños.

7. Referencias

- Álvarez, N. (2000). *El tatuaje. Guía didáctica del profesor*. País Vasco: Red de Educación del Consumidor.
- AGORA. *Tatuajes, lo que expresamos con nuestra piel*. Buenos Aires. Descargado, el 19 de marzo de 2019, de https://s3.amazonaws.com/academia.edu.documents/45325490/Tatuajes_24-05.pdf?AWSAccessKeyId=AKIAIWOWYYGZ2Y53UL3A&Expires=1554235017&Signature=UepvU2T0I5bnWA3UiBR8izsNWa0%3D&response-content-disposition=inline%3B%20filename%3DTATUAJES_LO_QUE_EXPRESAMOS_CON_NUESTRA_P.pdf
- Ballén Valderrama, J.E., y Castillo López, J.A. (2015). La práctica del tatuaje y la imagen corporal. *Revista Iberoamericana de Psicología: Ciencia y Tecnología*, 81(1), 103-109.
- Brena, V. (2007). *Utilizando el cuerpo: una mirada antropológica del tatuaje*. (Proyecto de investigación). Uruguay: Universidad de la República.
- Buss, K., y Hodges, K. (2017). Marked: tattoos as an expression of psyche. *Psychological Perspectives*, 60, 4-38.
- Caplan, J. (2000). *Written on the body: the tattoo in European and American history*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
- Cassab, J. (2002). Psicopatología de la expresión a partir de los tatuajes en pacientes psiquiátricos internados – Un estudio epidemiológico. *Revista neurología, neurocirugía y psiquiatría*, 2, 128-139.
- Dean, D.H. (2010). Consumer perceptions of visible tattoos on service personnel. *Managing Service Quality: An international Journal*, 20(3), 294-308.
- Dickson, L., Dukes, R.L., Smith, H., y Strapko, N. (2015). To ink or not to ink: the meaning of tattoos among college students. *College Student Journal*, 106-120.

- Ferreira, V.S. (2014). Becoming a heavily tattooed young body: from a bodily experience to a body project. *Youth & Society*, 46(3), 303-337.
- Foltz, K.A. (2014). The Millennial's perception of tattoos: self expression or business faux pas? *College Student Journal*, 48(4), 589-602.
- Frigerio, F., y Pironti, M. (1996). *El tatuaje*. Barcelona: De Vecchi.
- Ganter, R. (2005). De cuerpos, tatuajes y culturas juveniles. *Espacio abierto*, 15(1y2), 427-453.
- González García, A. (2013). El tatuaje y la perforación en la construcción de la corporeidad. *Cultura de los Cuidados*, 37, 22-29.
- González, M.A. (1983). *Estudio exploratorio en un grupo de reclusos tatuados*. (Tesis de licenciatura). México: Facultad de psicología de la UNAM.
- Larsen, G., Patterson, M., y Markham, L. (2014). A deviant art: tattoo-related stigma in an era of commodification. *Psychology and Marketing*, 31(8), 670-681.
- Le Breton, D. (2002). *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Lombroso, C. (1883). *Los criminales*. Barcelona: Centro Editorial Presa.
- Marchiori, H. (1978). *Personalidad del delincuente* (6th ed.). México: Editorial Porrúa.
- Martínez Baca, F. (1899). *Los tatuajes. Estudio psicológico y médico-legal en delincuentes y militares*. Puebla: Impresora del Timbre.
- Ochoa Islas, L.E. (1985). *Algunas características de reclusos tatuados*. (Tesis de licenciatura). Barcelona: UIC.
- Páez, F.R., et al. (1995). Conducta criminal de alta peligrosidad: personalidad y tatuajes. *Anales-Instituto Mexicano de Psiquiatría*, 6, 100-104.
- Pérez Cabezas, M.A. (2014). *Tinta y piel en Castellón: un viaje por la cultura del tatuaje*. (Trabajo de fin de máster). Castellón: Universitat Jaume I.
- Pérez Fonseca, A.L. (2009). Cuerpos tatuados, "almas" tatuadas: nuevas formas de subjetividad en la contemporaneidad. *Revista colombiana de antropología*, 45(1), 69-94.
- Pérez, M., y Castillo, J. (2013). *Ensayo fotográfico: la vida detrás del tatuaje. "Nathaly Bonillas: tintes y colores"*. (Trabajo de grado Artes Visuales). Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.

- Reisfeld, S. (2004). *Tatuajes: una mirada psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós Ibérica.
- Ribeiro Toral, R., y Mendoza Rojas, N.O. (2013). El cuerpo preso tatuado: un espacio discursivo. *Andamios*, 10(23), 281-301.
- Rodríguez-García, R., Aguilar-Ye, A., Rodríguez-Silva, R., y Rodríguez-Guzmán, L.M. (2012). Necrosis y absceso de piel secundario tatuaje permanente en un adulto joven. *Medicina Interna de México*, 28(3), 298-312.
- Sastre Cifuentes, A. (2011). Cuerpos que narran: la práctica del tatuaje y el proceso de subjetivación. *Diversitas: Perspectivas en Psicología*, 7(1), 179-191.
- Vegecio Renato, F. (2006). *Compendio de técnica militar*. Madrid: Editorial Cátedra.
- Walzer, A., y Sanjurjo, P. (2016). Media and contemporary tattoo. *Communication & Society*, 29(1), 69-81.
- Walzer Moskovic, A.F. (2015). Tatuaje y significado: en torno al tatuaje contemporáneo. *Revista de Humanidades*, 24, 193-216.